

es acto del espíritu muy acepto para con Dios, una cosa misma con la resignacion. Sufrir es llevar en paciencia nuestra suerte, los trabajos que nos agovian y las penas que estamos devorando : sufrir es ponernos en manos de la Providencia divina, obedecer sus decretos y quedarnos humildemente á la esperanza : sufrir es ejercitar el ánimo en la filosofía, romperlo á la guerra del mundo y burlarnos santamente de los rigores de la injusticia : sufrir es ser hombre ó mujer fuerte sobre quien nada pueden ni privaciones, ni provocaciones, ni linaje de agravios : sufrir es levantarse sobre el pantano donde están hirviendo cólera, desaliento, desesperacion, quejas amargas, propósitos malignos. Sufrimiento es filosofía : Sócrates sabe sufrir : ni las injurias de Aristófanes le irritan, ni el molino de Xantipa le saca de sus quicios, ni la precipitacion de los treinta tiranos le exaspera. Sufrimiento es santidad : San Bartolomé sabe sufrir : desollado de los piés á la cabeza, se echa su piel al hombro dando gracias á Dios, y se va sin maldecir á los verdugos. Sufrimiento es sabiduría : Galileo sabe sufrir : preso, encadenado, oyendo chirriar á cuatro pasos la hoguera con que le amenazan, tranquilo exclama : *E pur si muove*. Sufrimiento es grandeza de alma : héroes, filósofos, grandes monarcas, mártires, han probado que poseian la virtud del sufrimiento, con afrontar serenos los insultos de la fortuna y morir tan grandes en la desgracia como habian vivido en la prosperidad resplandeciendo en el poder y las virtudes. Sufrimiento es virtud, virtud que trae gloria en sus luminosas entrañas. No sufren sino los fuertes : los bajos, los cobardes, los pobres de espíritu padecen ; su estrella es

padecer ; pero no sufren, pues si suyo fuera el sufrir, eleváranse sobre sí mismos, y padecieran ménos, y fueran grandes por el sufrimiento. En cuanto á los malvados, sabed que ellos son los que padecen verdaderamente, y tanto más cuanto que no sufren : sufrimiento y soberbia son enemigos : si hay malvado que no cultive la soberbia, gran maravilla es. El hipócrita es malvado, y no la cultiva : malvado humilde, rastrero : es un santo por defuera ; por dentro, todo infierno. La soberbia no sale en él al mundo, esto es todo : su corazon está hirviendo en las más negras pasiones. El padecer puede muy bien andar sin el sufrir : desgraciados, todos lo somos por fas ó por néfas, ca mucho padecemos y poco sufrimos. Si el sufrimiento absorbiera las malas lágrimas, las lágrimas de soberbia, cólera, impotencia, nuestros padecimientos cobrarán aspecto de propicios y vinieran á ser virtudes en nosotros. Así, cambiando los vocablos pervierten las ideas los ignorantes y los vanos ; y los vanos, pues habeis de saber que muchos hablan y escriben mal á sabiendas : timbre es para los necios estropear y pervertir la lengua propia, como del chacolateo innoble de su boca resulte la opinion de ser tenidos por hombres que han vivido ó viajado en Francia. No seria mejor aprender la lengua francesa sin olvidar la castellana ? cultivar las extranjerías sin consentir en que se remonte la nacional ? ¡ Y qué lengua ! la de hablar con Dios : la lengua muda del éxtasis en santa Teresa : la de la oracion hablada en San Juan de la Cruz : la de la elocuencia eclesiástica en Fray Luis de Granada : la de la poesía en Fray Luis de Leon, Herrera y Rioja : la de la historia en Mariana : la de la novela en Hurtado

de Mendoza : la de la política en Jovellanos : la del amor en Melendez Valdes : la de la risa en Figaro : ¡ qué lengua ! la de la elocuencia profana en Castelar : ¡ qué lengua !

Por dicha, bien así en España como en América, los que van á la guerra debajo del pendon del siglo de oro, no son pocos. Ignorancia y ridiculez están en el bando opuesto, el cual es más numeroso que los ejércitos que sitiaban á Albraca. Traductores ignorantes, novelistas afrancesados, viajeros fatuos son nuestros enemigos : nosotros nos afrontamos con ellos, y si no podemos llevarnoslos de calles, defendemos el campo palmo á palmo; ni hay impío de ellos á quien le sea concedido penetrar el *sanctum sanctorum* de nuestro angélico idioma. Desde Capmany que se levantó como un gigante contra sus corruptores, hasta don Aureliano Fernández Guerra que le está sacando sobre sus hombros, muchos campeones y muy bizarros los ha habido. Don Diego Clemencin ha revuelto y profundizado el *Tesoro de la lengua castellana*, de Covarrubias, haciendo que reviertan para arriba montones de riqueza pura : ha puesto en manos de los aficionados el *Diálogo de la lengua*, de Juan Valdes : ha descompuesto el Quijote coyuntura por coyuntura, y nos ha mostrado los secretos de la complicada anatomía para cuyo estudio no basta la vida de un hombre. Clemencin es benemérito de la lengua, sagaz recopilador de cuantas noticias pueden convenir para su posesion completa. Don Rafael Maria Baralt, con su Diccionario de galicismos, ha hecho un servicio de tomo y lomo á sus compatriotas, dándoles copia de luces y remitién-

dolos adonde más largamente se contiene. Parece que los españoles le estudian poco, á pesar de las recomendaciones de Hartzembusch ; los hispano-americanos , mucho le debemos á ese ilustre hijo de Venezuela que alcanzó un sillón en la Academia Española. Monlau, en su Diccionario etimológico ; Puigblanc, Gallardo y otros muchos peninsulares amigos del buen decir, se están oponiendo á pecho descubierto á las irrupciones de los bárbaros que bebiendo las turbias aguas del Sena pierden memoria, amor patrio, respeto á sus padres, y vuelven, las armas en la mano, contra esos santos difuntos que se llaman Rivadeneira, Hurtado de Mendoza, Quevedo, Cervantes, Argensolas, Jovellanos.

Entre los escritores del dia los hay puros, ricos, elegantes, y ésta es gran fortuna, que hacen rostro á esas montoneras furiosas de galomaníacos que ora hablando, ora escribiendo quieren dar al traves con la lengua patria. En la América española, en cada República, existe un grupo de aficionados en cuyo centro arde á la continua el fuego de Vesta, el fuego puro y misterioso, que si se apagara temblaran los dioses mismos. De presumir es que andando el tiempo, merced á la labor constante de este puñado de jóvenes beneméritos, la *pobrecita limosnera* de Voltaire recoja sus harapos, y la reina de Carlos Quinto se vuelva á echar sobre los hombros su manton de púrpura. *C'est une pauvrete qui fait l'armonie à tout le monde*, decia el dios de Ferney, hablando de la lengua francesa. Tanto ha dado la desnuda y tanto ha recibido la vestida, que es vergüenza. El castellano de hoy no es sino el frances corrompido. El in-

glés, decía Alejandro Dumas el viejo, no es más que el francés mal pronunciado. Ese amable Sileno lo decía por tener y dar de que reír : nosotros estamos hablando en verdad y conciencia. ¡ Qué es ver, mi Dios, un escritor español con gran fama de talento, escribir de París un monstruo de lengua, mitad Gervasio, mitad Protasio, que quien no supiere una y otra no entenderá palabra ! Ese periodista corresponsal, ó ha puesto en olvido su idioma, ó se tiene pensado que el mestizo vale más, en tiempo de democracia, que el godo neto por cuyas venas corre sangre de Leovigildos y Pelayos ? La lengua castellana en manos de los grandes escritores clásicos es como el Amazonas, caudaloso, grave, sereno : sus ondas ruedan anchamente, y sin obstáculo van á reempujar y desalojar el océano, que se retira, y vuelve á él con los brazos abiertos. Todo es paz y grandeza en esa vena del diluvio : cuando hay alteraciones, las tempestades son sublimes, como cuando Fray Luis de Granada, santamente irritado, exclama con los profetas : « Qué ha sido tu corazón sino un cenegal y un revolvedor de puercos ? qué tu boca sino una sepultura abierta por donde salían los malos olores del alma que está adentro muerta ? qué tus ojos sino ventanas de perdición y ruina ? »

« Abrieron su boca sobre ti tus enemigos, y silbaron, y regañaron con sus dientes, y dijeron : Tragaremos : éste es el día que esperábamos ; hallámoslo, vimoslo. »

« Allí fueron conturbados los príncipes de Edom y temblaron los poderosos de Moab. »

Estas son tormentas grandiosas en boca de ese monje profético : oímos el trueno, hemos visto el rayo, y la

espada del ángel del Señor, rompiendo esas nubes tremebundas, amenaza á los impíos y soberbios. Fuenmayor, en su Vida de Pio V, se espacia á un lado y á otro : es el Helesponto por donde ruedan los caudales de dos mares. Hurtado de Mendoza ha levantado un monumento á nuestra lengua en su Guerra de Granada como historiador, y en « Lazarillo de Tórmes » otro como novelista de costumbres. Ved sino esta manera de referir, ¡ y qué manera !

« Montaña áspera, valles al abismo, sierras al cielo, barrancos y derrumbaderos sin salida : ellos, gente suelta. »

Hay precision y gracia ? Las más hermosas figuras están cometidas en este pasaje, con mano maestra, ¡ y en qué frase, si pensais ! Santa Teresa es hablista insigne : « Toda me parecía estaba desconyuntada y con grandísimo desatino de cabeza ; toda encogida, hecha un ovillo, sin poderme mover, más que si estuviera muerta. »

« Tienen los niños un acelerado llorar que parece van á ahogarse ; y con darles á deber cesa luego aquel demasiado sentimiento. »

« No hagas tan gran pecado como poner á Dagon par á par del arca. »

« Querer una como yo hablar en una cosa tal, no es mucho que desatine. »

« Suplique vuesa merced á Dios ó me lleve consigo ó me dé como le sirva. »

Bien está que no hablemos como esos antiguos en un todo ; mas la pureza, la eufonía, la numerosidad, la

abundancia, busquemoslas, imitémoslas. Para mí, yo bien quisiera, enternecido y afligido con la meditacion sobre la muerte, hablar á semejanza de este admirable antiguo : « Llegada es ya mi vez, cumplido el número de mis dias : ahora moriré á todas las cosas y todas ellas para mí. Pues, oh mundo, quedaos á Dios. Heredades y hacienda mia, quedaos á Dios. Amigos y mujer é hijos míos, quedaos á Dios, que ya en carne mortal no nos veremos jamas. »

« Breves son, Señor, los dias del hombre, y el número de los meses que ha de vivir, tú lo sabes. »

Ahora ved esta deliciosa cadencia de períodos : « Para ti enreda y trama el gusano hilador de la seda : para ti lleva hojas y fruto el árbol hermoso : para ti fructifica la viña : el vellon de lana que cria la oveja , beneficio tuyo es : la leche y los cueros y la carne que cria la vaca, beneficio tuyo es : las uñas y las armas que tiene el azor para cazar, beneficio tuyo es. »

¿ Cómo volviéramos á nuestro modo de escribir este lugar tan lleno de majestad y elegancia ? La lana, las uñas... oh, esto es haber perdido la lengua, haberla corrompido hasta la medula, haber profanado una deidad propicia. Espíritu de la santa doctora, desciende sobre mí, alumbrame. Alma del padre sabio, oh tú, Granada invisible, si en tus peregrinaciones al mundo ; si cuando sales á recoger tus pasos aciertas á distinguir á este devoto de tu nombre, bendícele. Y tú, Cervantes, á quien he tomado por guia, como Dante á Virgilio, para mi viaje por las oscuras regiones de la gran lengua de Castilla, echa sobre mí los ojos desde la eternidad, y

ánimame ; llégate á mí, y apóyame ; dirígeme la palabra, y enséñame. Cuando yo te pregunte : Maestro, quién es esa sombra augusta que á paso lento está siguiendo la orilla de ese rio ? Tú has de responder : Inclínate, hijo : ése es don Diego Hurtado de Mendoza.

Maestro, quién es el espectro que allá va alto y sereno, los ojos vueltos arriba ? Ese es Fernando Rojas, autor de La Celestina, salúdale.

Maestro, quién es ese espíritu que se agacha á beber en esa fuente, debajo de esos acopados mirtos ? Es Moratin, llamado Inarco Celenio. A éste no le hables : huirá como una cervatilla : es tímido y esquivo como una vírgen vergonzosa.

Maestro, quién es esa alma rodeada de un resplandor divino, que está echándole la mano al cuello á ese arco iris ? Ese se llama don Gaspar de Jovellanos, hijo. Es el pontífice de los escritores : llégate á él, y dobla la rodilla.

Y agora, mi buena señora, me acorred, pues que me es tanto menester.

### COMENTARIOS

A lord Chatham, el gran pechero, le falta la h en este tomo, donde ha pasado de simple Chatam. Bien es verdad que esa letra aristocrática no está consagrada sino por el uso; pues de uno y otro modo se escribe el nombre, como puede verse en la geografía de la Gran Bretaña. Chatham ó Chatam, ciudad fuerte del condado de Kent, cerca de Rochester, en la embocadura del río Medway. Pitt el antiguo, conde de Chatham, vizconde de Búrton, principió su carrera política en tiempo del célebre ministro sir Roberto Walpole, á quien hizo oposicion, no ménos que á sus sucesores, hasta que se levantó él mismo, elocuente y poderoso, sobre las ruinas del marques de Rockingham. Cuando le llegó su vez, cayó de una pieza, pálido y mudo, ante el senador terrible que le abrumaba con este apóstrofe: « Con qué y con quién cuenta Vuestra Señoría para continuar la guerra? » Hablaba de los Estados Unidos, cuya independencia se negaba á reconocer con ira el ministro de Jorge III. Lord Richmond le mandó á la cama, y de allí á la sepultura. Rara emocion la de hombre que se deja caer sobre su asiento, y no recobra la palabra sino para decir que pasa á mejor vida! No murió de contado, pero fué necesario llevarlo en brazos ajenos, y al cabo de un

mes rindió el aliento en su casa de Hayes. Su gran hijo, William Pitt, crecerá en breve el lustre de su nombre.

Algo hay de tenebroso y afflictivo en el decir: « Ahora veinte años, » « Ahora treinta años, » á pesar de la consoladora cortapisa, « Siendo yo muchacho. » Ay, ahora veinte y cinco años, siendo yo muchacho, venia cruzando los mares á bordo del *Paraná*, en mi primer viaje al antiguo mundo. Entre los doscientos pasajeros de ese viejo, grande buque, un anciano sobresalía por el porte majestuoso y la barba enteramente cana. Sonrosado á despecho de la edad, era bello á modo de Priamo, con la belleza de la senectud. Alto, delgado, sus quince lustros no eran óbice para la viveza y agilidad de los movimientos. El general Brown fué reconocido, y no hubo quien no acudiese á rendir homenaje á ese patriarca de la guerra; Brown, de quien hago mencion en el tratado de los héroes, cuando rompe el combate de Junin con esa lanzada memorable en los fastos de Colombia. Es el único de los próceres de la independencia á quien he conocido de persona á persona, y á quien he tenido la gloria de tratar familiarmente. Don Juan, no me deje sola á Pilar, me decia el anciano, cuando bajaba del puente á la cámara á entregarse horas enteras al rocambor con otros viejos que iban allí. Esta doña Pilar era su hija, boliviana hermosa que venia á conocer la patria de su padre. Un dia, trasbordándonos en Santómas, la niña estuvo en poco de irse al mar, de la tabla que une las dos naves en semejante caso. Yo, como el más proximo circunstante, le

alargo la mano vivamente : rehúsala ella, quedándose al peligro, ántes que dar la suya á un desconocido : acude su padre, y la salva. Yo no sé cómo fué ni cómo no, pero ese desairado no tuvo en adelante interlocutor más benévolo ni compañía más constante que doña Pilar. Ay, don Juan, Cochabamba, Cochabamba es muy triste, decia, aludiendo á la residencia que el general habia escogido. En Inglaterra me despedí del noble anciano y su amable hija, la cual se casó en Alemania, tan luego cómo hubo llegado. Las minas de Cochabamba no la afligen ya probablemente. En cuanto al general Brown, no he sabido ni cuando, ni en donde habrá muerto. Pues si á 75 añadimos 25, tendremos un hombre de cien años; y no es de presumir que el héroe de Junin haya llegado á tanto. Brown, al valor de la batalla, unia la lealtad del hombre de bien y la nobleza del caballero. Sus gallardías en Bolivia, y despues en la campaña de Tarqui, no se han borrado de la memoria y el corazon de los hijos de la antigua Colombia.

Habiendo visto en un artículo reciente de un escritor provector el nombre de Brown escrito *Braun*, á la española, volé á la biblioteca nacional en Paris; y en una de las salas reservadas á los libros raros, pedí la historia de Venezuela de Baralt y Diaz, con poca esperanza de obtenerla. A la vuelta de quince minutos estaban delante de mi silla dos magníficos volúmenes empastados en marroquin amarillo. En ciertas materias, yo sé muy bien lo que me pesco : á la segunda abierta, el general *Brown* compareció junto con O'Leary galopando en la planicie de Tarqui. *Braun*, no es ortografía alemana; pero escritor tan versado en esa historia, antiguo ade-

mas, cómo podia haberlo desfigurado de ese modo? Mi duda fué en contra mia; pero la biblioteca nacional de la capital de Erancia sentenció en mi favor. Por donde veo cuánto deber nos corre á los autores de ser exactos y prolijos : de otra suerte infundimos dudas infundadas, y con nuestros errores exponemos á los incautos á cometerlos ellos mismos. Pero quién se escapa de errores y equivocaciones? ¡Qué consuelo para mí ver la célebre edicion del Quijote de Clemencin con su fe de erratas cada tomo! Y qué erratas! *Florando* por *Florambel*, *la Eneida* por *el Orlando*! Si á todo un don Diego Clemencin se le fueron *metamórfosis* por *metamórfoses*, *cuatro* por *cinco*, no me retiraré yo á la Peña Pobre á llorar mis desventuras, porque mi impresor frances me ha puesto en castellano *hoye* y *Ola*, quitándole la cabeza á la interjeccion para ponérsela al verbo oir. Si en los Comentarios de Clemencin halla usted *membrar* por *membrarse*, *finés* por *mediados*, ya puede llevar en paciencia, amigo don Juan, que una vez haya salido el caballero andante de la *Argamacilla* con c, y no de la *Argamasilla* con s, como ha salido otras veces. ¡Cuando en un libro frances acabo de ver *Marcella* y no *Marsella*! Diga Rouget de Lisle si los puso patas arriba á los franceses con la *Marcellesa* ó con la *Marsellesa*?

Los Cervantistas echarán de ver que entre los protectores de Cervantes no he puesto al cardenal Zandoval, arzobispo de Toledo, persona de quien habla principalmente el señor de la Revilla. Sí, ese clérigo condecorado miró tambien por él; pero con mano tan escasa,

que apenas fué para impedir que el gran mendigo se acabase de morir de hambre. (*Tout au plus pour empêcher qu'il ne mourût d'inanition.* MICHAUD.) Largo y pomposo en yendo de vanidades, fué corto y humilde su eminencia cuando tuvo que hacer con la caridad. A la gloria del siglo, no ménos que á la inmortal, sube el hombre por entre abrojos.

Fuera de los que habré cometido por inadvertencia, los conocedores del español me tomarán en un galicismo voluntario, donde he puesto: « Anibal está allí que le disputa la precedencia; » « Delicados, puros, tiernos, la sensibilidad y la inteligencia los vuelven como divinos; pero la fortuna está allí que se rie de su grandeza. » *Mais la fortune est là, qui rit de leur grandeur.* La intencion de Jovellanos es notoria cuando pone al servicio de su lengua muchos cortes y torneos de la francesa; pues en tan experto varon no es probable la ignorancia. Yo he usado á sabiendas, y yo sí que tengo que advertirlo, el galicismo que queda apuntado, porque me gusta aquel revoloteo elegante de la frase. La oracion de gerundio ha pasado á relativo; abuso que, no pecando ni contra la sintáxis castellana, ni contra ley ninguna de nuestro idioma, podria tener cabida entre nosotros, si lo propusiera escritor de más cuenta que yo. « Anibal está allí que le disputa la precedencia; » esto es, Anibal está allí disputándole la precedencia. « Delicados, puros, tiernos; pero la fortuna está allí que se rie de su grandeza; » esto es, riéndose de su grandeza. La fortuna se rie siempre del talento, la sensibilidad, las virtudes: quieran los cielos que los hombres malos

hallen que aborrecer, no de que reirse en este libro; y quieran donde más altos están que los propensos á la verdad y el amor no le vuelvan las hojas, sin hallar aquí y allí algo que diga con sus propios pensamientos y afecciones.









